

DEL CRISOL DE RAZAS A LA SOCIEDAD MULTICULTURAL: INMIGRANTES JUDÍOS Y ÁRABES EN LA ARGENTINA

Raanan Rein, Universidad de Tel Aviv

En un sondeo realizado en 1992 en la Argentina, aproximadamente un tercio de los entrevistados de la Capital Federal y de diversas provincias consideró a los judíos y a los árabes como los grupos menos integrados a la vida argentina, mientras que un porcentaje aún mayor los consideraba pertenecientes a un pueblo separado. Estas respuestas reflejaban la persistencia de viejos estereotipos sobre estos dos grupos de inmigrantes semitas, a pesar de haberse integrado en forma admirable al entramado de la sociedad argentina. Cientos de miles de judíos y árabes encontraron en la República del Río de la Plata su "Tierra Prometida".

Las primeras representaciones de árabes en la Argentina fueron anteriores a la llegada de inmigrantes de ese origen. No debe sorprender que dichas representaciones hayan sido de tipo esencialista. Imágenes de Oriente ya aparecen en los textos fundacionales de la literatura argentina y del nacionalismo cultural, a partir de 1840. Algunos basaban su visión de los árabes en antiguas obras literarias e históricas de España, donde hubo que lidiar con Al Andalus y la Reconquista, por lo que a menudo los árabes aparecían como bárbaros o como figuras envueltas en un halo de romanticismo.

De manera semejante, estos autores argentinos vinculaban, a veces, la figura del árabe con la del gaucho, al tiempo que bregaban por una u otra política cultural. De todas formas, pasaron varias décadas desde la llegada de los primeros inmigrantes árabes a las costas argentinas, en la década de 1860, hasta la aparición de la figura del *turco* en los textos literarios, en la década de 1920, cuando el imperio otomano ya había dejado de existir. Las mismas actitudes fueron manifestadas hacia los judíos, ya que también acerca de ellos existían estereotipos ampliamente difundidos antes de que comenzaran a llegar desde África del Norte o desde Europa Oriental y Central al Río de la Plata.

Los argentinos empezaron a utilizar el término “sirio-libanés” en los años 20 del siglo pasado. No obstante, este término es también problemático por diversas razones. Al mismo tiempo, con frecuencia se hacía referencia a los judíos como *rusos*, aunque de hecho muchos de ellos procedían de otras partes de Europa Central o de la cuenca del Mediterráneo. Todos estos términos tienden a la sobre simplificación, agrupando en una misma categoría y con una misma etiqueta a inmigrantes de orígenes diversos, y a veces a grupos étnico nacionales enfrentados por razones regionales, nacionales, o religiosos (por ejemplo, calificar de *turco* a un armenio)

Existen varias similitudes en las pautas de inmigración de judíos y árabes a Sudamérica. Los judíos abandonaron sus lugares de residencia en la Europa Oriental a fines del siglo 19 por el acoso físico, las presiones sociales y las penurias económicas. Hacia la misma época, desde mediados del siglo XIX, la crisis del imperio otomano fue acompañada de persecuciones a las minorías religiosas, un creciente nacionalismo árabe y el servicio militar obligatorio. Asimismo, los cambios económicos trajeron aparejadas dificultades para un número cada vez mayor de artesanos y pequeños comerciantes. También la inmigración sirio-libanesa surgió entonces de una combinación de factores políticos, económicos, religiosos y culturales. Las Américas –Norte y Sur--, parecían prometer prosperidad y un futuro más apacible, tanto para los judíos como para los árabes.

La Argentina se convirtió en el hogar de cientos de miles de ellos. La mayor parte llegó a la región entre fines de 1870 y 1930, y muchos ascendieron a posiciones destacadas

en las esferas sociales, económicas, artísticas y políticas (el caso Carlos Saúl Menem es, probablemente, el ejemplo más sobresaliente).

Los judíos y los árabes, entre otros inmigrantes, se beneficiaron de la política de puertas abiertas de Argentina pero también debieron soportar, desde fines del siglo XIX, la desilusión que les provocaba el intento de las elites argentinas, para blanquear” o “europeizar” su país. En este sentido, los dos grupos étnicos debieron afrontar sentimientos de rechazo por parte de determinados sectores de la sociedad y un sentimiento general contrario a los inmigrantes.

Con el telón de fondo del nacionalismo, el autoritarismo y la xenofobia crecientes, en especial en las tres primeras décadas del siglo XX, los inmigrantes semitas -- fueran éstos árabes cristianos, judíos de Europa Oriental, árabes musulmanes o árabes judíos -- que no siempre eran considerados “blancos” o católicos, eran vistos como indeseables. Según el discurso positivista argentino, quienes llegaban de lugares que no fueran los países del Norte de Europa eran considerados elementos racialmente inferiores, poseedores de características morbosas o contaminantes.

Un artículo del *Buenos Aires Herald* de 1898 reflejaba esta actitud: “¿Estamos convirtiéndonos en una república semita? La inmigración de judíos rusos es ahora la tercera más larga en la lista, mientras que árabes sirios (*turcos*) y árabes también están acudiendo en tropel hacia estas costas”. En la prensa escrita en español se publicaban artículos de tenor similar. En 1910, *La Nación* escribió que “el deplorable buhonerismo de baratijas por parte de los sirio-libaneses era una afrenta a la sociedad argentina y proponía restringir la inmigración de inmigrantes provenientes del Levante”.

Temas raciales, y no sólo económicos eran utilizados como argumentos contra los inmigrantes de origen judío o árabe e, incluso, contra sus descendientes. Aun así, en el período posterior a 1930, tanto judíos como árabes experimentaron un rápido ascenso social que los posicionó en determinados estratos de la clase media e, incluso de la clase media alta.

Esta conferencia se propone focalizar la atención en los años del primer peronismo, que constituyen un hito de suma importancia en relación con diversos procesos de desarrollo económico y modernización social en la Argentina. Representa, además, un período clave en el proceso de inclusión de diferentes grupos étnicos de inmigrantes y sus descendientes nacidos en Argentina.

La década peronista representó en Argentina un tiempo de transformación de significados y de fronteras en relación con el concepto de ciudadanía. El país atravesó cambios profundos, y las acciones gubernamentales contribuyeron a promover un debate sobre la comprensión y la conceptualización de la idea de ciudadanía. En aquellos años, Argentina experimentó cambios en la representación política y, simultáneamente, comenzó a transformarse para avanzar hacia lo que hoy podríamos considerar una democracia participativa y una sociedad multicultural.

Las identidades étnicas se volvieron menos amenazadoras del concepto de *argentinidad*. En lugar de fomentar el crisol de razas tradicional, el régimen otorgó una creciente legitimidad a los vínculos con la cultura de los ancestros sin menoscabar por ello la identificación con el país al que habían llegado o en el cual habían nacido. A partir de la aceptación de la legitimidad de poseer identidades múltiples, se comenzó a enfatizar la diversidad de fuentes culturales sobre las que se asentaba la sociedad argentina. Sobre la base de estas consideraciones las autoridades concedieron un reconocimiento sin precedentes a las diferencias étnico-culturales de los grupos migratorios y sus descendientes.

Esta presentación también pretende evaluar los esfuerzos del peronismo por conseguir el apoyo de la población argentina-judía y de la argentina-árabe.

En el caso de los judíos consideró pertinente hacerlo a través de la sección judía del movimiento peronista, la Organización Israelita Argentina, más conocida por sus siglas OIA. Como ya he de mostrado en mi libro *Argentina, Israel y los judíos: encuentros y desencuentros, mitos y realidades* (Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2001) (segunda edición ,2007) los líderes de la OIA abogaron por la plena integración de los judíos a la

sociedad argentina. Al mismo tiempo, planteaban que la identificación con la nacionalidad argentina no implicaba un repudio a su condición judía o un rechazo al Sionismo que representaba para ellos la posibilidad de tener lazos sentimentales con el Estado de Israel como “madre patria” imaginaria. De esta manera, desafiaban, con apoyo gubernamental la concepción tradicional del “crisol de razas.”

En el caso de los argentinos de origen árabe no se desarrolló una organización similar a la que acabamos de describir aunque pueden señalarse determinados marcos creados para el logro de objetivos específicos como la comisión sirio-libanesa pro re-elección de Perón, o la comisión sirio-libanesa para la difusión del Segundo Plan Quinquenal.

Utilizo el concepto de ciudadanía en esta conferencia como lente y marco analítico para comprender la transformación de la relación entre los argentinos-judíos o argentinos-árabes por un lado, y las instituciones y los símbolos del Estado argentino, por el otro.

Llegados a este punto consideramos importante plantear que toda discusión sobre ciudadanía guarda una estrecha relación con la idea de pertenencia e integración a una comunidad política. En la Argentina pre-peronista, por lo menos en el nivel del discurso público, había poco espacio para los no católicos. La idea de una Argentina esencialmente blanca, católica y descendiente de europeos, había sido fundamental para los debates sobre la identidad nacional. De hecho, la noción misma de “crisol de razas” aunque intentaba transmitir, aparentemente, ideas de igualdad y homogeneidad con los inmigrantes y sus descendientes, también representaba una ideología acerca de la superioridad de determinados estratos sociales sobre ciertos grupos de inmigrantes.

Esta actitud y la presión por lograr una homogeneidad cultural y la asimilación a un determinado modelo de Nación se agudizaba, particularmente, en los sectores nacionalistas y católicos que eran más proclives a tener sentimientos xenófobos.

Dada su condición de movimiento populista, el peronismo se caracterizó por su postura anti-liberal (La caracterización de los movimientos populistas forma parte de mi ensayo "Peronismo, populismo y política", que está incluido en el libro compilado por Susana Brauner, *El mundo después de la 1ª. Guerra*, Buenos Aires: Temas, 2014).

Me parece interesante destacar que esta nueva manera de legitimar la existencia de grupos étnicos con características culturales propias ayudaba al Peronismo a desafiar las ideas tradicionales sobre el crisol racial argentino. Surgieron así puntos de vista y enfoques novedosos que ampliaban por igual, tanto el significado de la política como el de la ciudadanía.

Sobre la bases de estas consideraciones surge la pregunta: ¿qué cambios provocó el Peronismo en la relación entre etnicidad, ciudadanía, argentinidad, y Estado Nacional? La respuesta simple es:

- a) el peronismo fue más allá de los derechos legales otorgados a los judíos o a los árabes como ciudadanos argentinos, y les ofreció también, derechos políticos.
- b) legitimó el deseo que muchos de ellos tenían de poseer una doble identidad

La representación política en la Argentina de Perón se volvió un tanto corporativa a partir de su visión acerca de la “comunidad organizada” (ver nuestro libro de próxima aparición, Raanan Rein y Claudio Panella, comps., *En busca de la comunidad organizada: organizaciones políticas y sociales del primer peronismo*, Buenos Aires: Editorial de la UNTREF).

A partir de este encuadre, Perón confirió al Estado un papel mediador entre distintos sectores o grupos de interés sean estos sociales, económicos o profesionales. Nos parece interesante consignar que, paralelamente a poderosos grupos organizados como el movimiento obrero enmarcado en la Confederación General del trabajo (CGT), la Confederación General Económica (CGE), la Confederación General de Profesionales (CGP), la Confederación General Universitaria (CGU), o incluso la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), también se reconociera la legitimidad de las comunidades étnicas.

Perón conversaba a menudo con los líderes de las asociaciones judías, españolas, italianas o árabes y, de este modo, reconfiguraba los criterios de pertenencia a la comunidad política argentina, y abría las puertas a un proceso que desembocaría décadas más tarde en la Argentina contemporánea multicultural.

Esta ciudadanía corporativa implicaba un creciente reconocimiento de los derechos colectivos de determinados grupos. Esto fue evidente en la creciente integración de argentinos de ascendencia judía o árabe al sistema político, por ejemplo. En todo caso, el régimen alentó a que los inmigrantes y sus descendientes mantuvieran vínculos con sus países de origen (Siria o el Líbano, por ejemplo). De este modo, el peronismo representó un cambio inicial en la política del reconocimiento, de las identidades colectivas y grupales, y no sólo en su política de la justicia social.

En febrero de 1947, un grupo de voluntarios judíos visitó la oficina del Ministro del Interior, Ángel Borlenghi, para expresar su apoyo al gobierno y a las políticas de Perón. Esta iniciativa fue obra del viceministro del Interior, Abraham Krislavin, amigo personal de Borlenghi. Para contextualizar adecuadamente este dato corresponde señalar que, hasta ese momento, ningún argentino de origen judío había ocupado un cargo gubernamental de esta envergadura. Era un reflejo de las políticas peronistas que permitían que diversos grupos étnicos, incluyendo argentinos de ascendencia judía y árabe, tuvieran una amplia participación civil. Borlenghi, que se convirtió en un vínculo importante entre la comunidad judía y el régimen peronista, dio la bienvenida a los activistas judíos y los acompañó, incluso, a una reunión en la oficina presidencial. Perón los felicitó por la iniciativa y reiteró su decisión de no apoyar ninguna medida discriminatoria contra los judíos y reiteró enfáticamente que no se identificaba con los prejuicios contra el pueblo judío. “Solamente anhelo que todos los que vivan aquí se sientan argentinos, que sean realmente argentinos sin tener en cuenta su origen o su procedencia porque estamos demasiado mezclados en este país para hacer semejante discriminación”.

El Presidente se quejó de que sus enemigos políticos lo hubieran etiquetado falsamente de antisemita. En efecto, los dirigentes de las organizaciones judías habían manifestado sus recelos respecto al militar que había apoyado la neutralidad argentina durante la II Guerra Mundial, el líder carismático de la clase obrera, y el aliado de la Iglesia Católica.

Como gesto hacia los judíos y en un esfuerzo por alentar una iniciativa que pudiera traspasar el muro de hostilidad judía hacia su régimen, Perón informó a los miembros

del grupo con los que estaba dialogando, que acababa de firmar una orden para permitir que 47 judíos que habían llegado al puerto de Buenos Aires a bordo del barco Campana en busca de un refugio pudieran permanecer en el país.

Dos días después de la reunión con el Presidente, se creó la OIA (sigla de Organización Israelita Argentina). Tanto judíos como no judíos comenzaron a considerarla como la sección judía del Partido Peronista. Su primer presidente fue Natalio Cortés (su apellido original era Shejtman), oriundo de la mitológica colonia agrícola judía, Moisesville en la provincia de Santa Fe, que en ese momento era miembro de la comisión directiva del Hospital Israelita de Buenos Aires.

El grupo fundador de la OIA se componía principalmente de empresarios, profesionales y comerciantes de clase media. Entre ellos se destacaban el joven abogado Pablo Manguel, el industrial textil Sujer Matrajt, y el popular cronista deportivo Luis Elías Sojit.

Un pasaje de la declaración de principios de la OIA refleja la postura de Cortés y de los restantes miembros del Consejo Directivo: *Para nosotros, argentinos de origen judío, existe una sola patria, la Argentina, y una sola lealtad, (la debida) a nuestro conductor Juan Domingo Perón. Hacia Israel admiración, apoyo a su existencia y lazos de afecto. Lo mismos sentimientos que unen a hijos de italianos con Italia o hijos de españoles con España. No, en cambio, una lealtad como la que profesamos a nuestra tierra, ya que no creemos tener doble nacionalidad. Eso deben entenderlo todos nuestros compatriotas...".*

De este modo, abogaban por la integración social de los judíos al país a través del peronismo y planteaban, a la vez una declaración de identidad que subrayaba, tanto su nacionalidad argentina, como sus componentes identitarios judíos y sionistas.

Mientras que la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA), la organización paraguas que representaba políticamente a la comunidad judía organizada luchaba por preservar un perfil independiente de cualquier vínculo formal con los diferentes partidos políticos –principio esencial que ha servido para salvaguardar la existencia de la organización desde su fundación en 1935, – la lealtad

política al gobierno peronista por parte de la OIA se mantuvo durante todos los años hasta el derrocamiento de Perón en 1955. A su vez, el gobierno de Perón apoyó los esfuerzos de la OIA por desafiar el rol determinante de la DAIA en el seno de la comunidad judía aunque también es real que Perón no ejerció fuertes presiones sobre la comunidad judía para que se uniera a la OIA. La DAIA logró mantener una alta dosis de autonomía. La OIA, a su vez, sirvió de marco a través del cual Perón intentó lograr el apoyo de los judíos y del Estado de Israel,

Los integrantes de la OIA tenían un acceso particularmente cómodo a los niveles superiores del gobierno. Por ejemplo, unos días después de que se fundara la organización, dos de sus líderes fueron recibidos por el ministro del interior Borlenghi y por el ministro de Salud, Ramón Carrillo. Al final de esta reunión pudieron anunciar que las restricciones al faenamiento de carne kosher y la discriminación contra estudiantes judíos en la Facultad de Medicina resolverían favorablemente. Los integrantes de la OIA tuvieron menos éxito en la reunión que mantuvieron en marzo de 1947 con el General Juan F. Velazco Jefe de la Policía Federal, a quien le habían pedido una intervención más enérgica contra los desmanes antisemitas que habían tenido lugar en esa época. De todos modos pronto Perón lo alejaría a Velazco de este cargo.

En junio de 1948, los integrantes de la OIA expresaron su deseo de jugar un importante papel mediador en las relaciones entre la comunidad judía y el régimen, cuando acompañaron a los dirigentes de la DAIA a la Casa Rosada para solicitar a Perón que permitiera la entrada al país de 27 judíos indocumentados a lo cual Perón accedió.

En agosto de 1948, durante una ceremonia para inaugurar las oficinas de la OIA con la presencia de Perón, Evita y otros altos funcionarios de su gobierno tanto Perón como su esposa hicieron uso de la palabra. Se trató de una reunión sin precedentes con un jefe de Estado argentino que visitaba una institución judía. Durante su discurso, Perón preguntó: “¿Cómo podía aceptarse, cómo podía explicarse, que hubiera antisemitismo en la Argentina? En la Argentina no debe haber más que una clase de hombres. Hombres que trabajen por el bien de la Nación sin distinciones... Por esta razón..., mientras yo sea presidente de la República, nadie perseguirá a nadie”. Ese mismo año Perón designó

al Rabino Amram Blum, presidente de la corte rabínica de la comunidad judía, como su asesor en temas religiosos.

En su afán por reclutar miembros de la población judía para su organización y para instarlos a apoyar al régimen populista de Juan Perón, los miembros de la OIA publicaron un manifiesto con el título “¿Por qué estamos con el gobierno?”, dirigido “a los miembros de nuestra laboriosa colectividad, obreros, universitarios, intelectuales, comerciantes, industriales y millares de israelitas argentinos que, con su esfuerzo y dedicación, han coadyuvado al engrandecimiento de esta noble Patria, que también es nuestra”

Los autores del manifiesto justificaron su llamado en nombre del patriotismo argentino pero, al mismo tiempo hicieron hincapié en los beneficios económicos que obtendrían los judíos como miembros de la clase media, por la política económica del gobierno peronista que estaba interesado en promover tanto la industria como el comercio.

Los manifiestos de la OIA utilizaban, básicamente, lenguaje e iconografía peronistas para tratar de atraer a la OIA a los judíos no peronistas. Por lo general mencionaban los gestos que Perón había tenido para facilitar la inmigración judía, la condena del Antisemitismo o sus opiniones laudatorias hacia el Estado de Israel.

Otra medida que adoptó Perón durante su gobierno fue declarar una amnistía para los inmigrantes ilegales que habían entrado al país en los últimos años. Esa medida también benefició a inmigrantes judíos que habían ingresado clandestinamente. Los líderes de la OIA también emprendieron esfuerzos no despreciables para transmitir estas apreciaciones a los judíos estadounidenses.

El empuje del líder de la OIA, Sujer Matrajt, jugó un papel central en la decisión presidencial de incluir en la nueva la Constitución aprobada en 1949, una cláusula que ampliaba el texto de la constitución de 1853, por la cual se prohibía la discriminación por motivos raciales o religiosas.

La OIA también logró que su secretario, Pablo Manguel, fuera designado el primer embajador argentino en Israel, a pesar de la reserva expresada por el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino. Como embajador en Israel, Manguel contribuyó a la firma de un acuerdo comercial entre Argentina e Israel que daba una serie de ventajas a este último país, y los líderes de la OIA lograron persuadir a Evita para que su Fundación enviara mantas y medicinas a los campamentos de nuevos inmigrantes en Israel.

Por otra parte, no debe sorprendernos que los líderes de la OIA mantuvieran relaciones amistosas con la comunidad judía organizada, incluyendo algunas que consideraban que apoyar al movimiento justicialista no era políticamente correcto. Las autoridades de la DAIA no intentaron boicotear a la OIA en forma explícita. En lugar de ello, aprovecharon el canal de comunicación establecido por la OIA con el gobierno para plantear determinados reclamos o pedidos. Al mismo tiempo, trataron de frustrar los intentos de la OIA para ampliar su base de apoyo entre la población judía. En sus discursos Perón y Evita siempre rechazaron enérgicamente el Antisemitismo. Evita, incluso, llegó a atribuir el Antisemitismo a los opositores del régimen peronista. En un discurso que pronunció en agosto de 1948, la Primera Dama sostuvo: “en nuestro país los únicos que han hechos separatismos de clases y religiones han sido los representantes de la oligarquía nefasta que ha gobernado durante cincuenta años nuestro país. Los causantes del antisemitismo fueron los gobernantes que envenenaron al pueblo con teorías falsas, hasta que llegó con Perón la hora de proclamar que todos somos iguales”.

En los años siguientes Perón presentó al pueblo judío como un colectivo mejor posicionado que otros grupos para comprender la relevancia del justicialismo, ya que habían sido víctimas de la opresión y la injusticia durante largo tiempo. Evita, por su parte, habló del pueblo judío como ejemplo de una conciencia nacional que se había preservado por dos mil años, así como de una lucha ineludible por la patria perdida.

A principio de julio de 1951, una delegación encabezada por la OIA se presentó en la Casa Rosada para pedirle a Perón que se postulara como candidato a la presidencia por un segundo período. Muchas otras organizaciones étnicas, laborales, culturales y sociales hicieron lo mismo. La delegación encabezada por la OIA incluía a representantes de casi todas las organizaciones judías existentes en el país. Este evento representó un logro importante para la OIA, dado que reflejaba el reconocimiento de muchos sectores de la comunidad judía por la sólida postura contra el antisemitismo que se había convertido en parte integral de la política de Perón.

Algo que no tiene una importancia menor es que Perón no consideraba que existía una incompatibilidad entre la lealtad de los argentinos-judíos al país que los había acogido y la vinculación afectiva con el Estado de Israel como “patria histórica” del pueblo judío.

Esta relación era considerada por Perón al mismo nivel que la actitud de los inmigrantes italianos con respecto a su país de origen o la relación de muchos inmigrantes españoles con las aldeas y las ciudades españolas en las que habían nacido.

En resumen, las declaraciones de Perón legitimaban completamente la abierta identificación de la comunidad judeo-argentina con el Sionismo y el Estado de Israel. Durante el régimen de Perón, este vínculo especial con la “patria” ancestral no fue considerado como una actitud de “doble lealtad” como sucedería más adelante en otros contextos políticos de la vida del país. En una ocasión Perón incluso llegó a decir que *“¡un judío argentino que no ayuda a Israel, no es un buen argentino!”*

De todas maneras, hay que reconocer que la mayoría de los judíos no apoyaban en esos años al justicialismo. Sin embargo, había muchos judíos que creían firmemente, como lo hacían otros argentinos, que el movimiento peronista instituiría reformas que permitirían que la República avanzara hacia un futuro más halagüeño al introducir reformas que encaminarían al país hacia el desarrollo y la modernización, al tiempo que seguiría manteniendo su política de justicia social. Este es uno de los temas de mi reciente libro, *Los muchachos peronistas judíos* (Buenos Aires: Sudamericana, 2015).

Quiero aprovechar este espacio para señalar que la mayoría de los integrantes de la OIA siguió siendo leal a Perón y al movimiento peronista incluso después de su derrocamiento. Muchos de ellos pagaron altos costos durante la “Revolución Libertadora” por su apoyo al peronismo.

Los muchachos peronistas árabes

Durante la década peronista, el papel de los argentinos-árabes en la política cobró una significación adicional, tanto por su inserción en la gestión de los municipios como por su participación en la política provincial y nacional.

Este es el tema de un nuevo libro, titulado *Los muchachos peronistas árabes* (Raanan Rein y Ariel Noyjovich, Buenos Aires: Sudamericana,). Esta presencia de argentinos de origen árabe en las filas justicialistas es aún más notable en los partidos neo-peronistas y en la actuación de políticos como Vicente Leónidas Saadi, Felipe Sapag o Julio Romero.

Perón usaba el diálogo con las comunidades de inmigrantes para actualizar las condiciones de pertenencia a la sociedad argentina. En esta misma línea valoraba la capacidad de adaptación de los inmigrantes árabes. En un discurso pronunciado ante parlamentarios con raíces libanesas dijo: "al llegar ustedes a esta casa, yo no considero solo que ha llegado la colectividad libanesa; yo creo que ha llegado un sector de compatriotas". Al mismo tiempo, en la ceremonia en la que recibió una condecoración del gobierno sirio, Perón enfatizó el importante rol que cumplen los argentinos de origen sirio al servir de nexo entre la Argentina y la República Siria.

Conclusiones: La inclusión de los grupos migratorios como política de Estado

Cuando llegó al poder por primera vez, el peronismo compartía actitudes tradicionales que consideraban que los no católicos no eran “buenos argentinos”. De este modo, transformó en ley el decreto militar de diciembre de 1943 que instituía la educación

católica obligatoria en las escuelas del Estado. En una ocasión Perón declaró: “Creo que en nuestro país es imposible hablar de un hogar argentino que no sea un hogar cristiano. Nuestras ideas se formaron bajo la cruz. Bajo la cruz recitamos nuestros ABCs... Todo lo distintivo de nuestros hábitos es cristiano y católico”. Esta definición de identidad nacional era problemática para la comunidad judía, ya que parecía excluirlos.

Sin embargo, a principios de la década de 1950, el movimiento populista argentino adoptó un enfoque más inclusivo y comenzó a dar muestras de respeto por todas las religiones como un rasgo del peronismo. Comenzó a aplicar en la esfera religiosa la ambición peronista de proteger los derechos de las minorías, de los débiles y de los grupos marginales. El peronismo se presentó como un marco aglutinador conglomerado en el cual cada argentino decente que apoyara el proyecto justicialista podía tener su lugar.

A partir de esta premisa, el gobierno peronista inició un camino de reconfiguración de los criterios de pertenencia en la vida política argentina, Al plantear este objetivo, el peronismo no sólo buscó incorporar a sectores vulnerables, social y económicamente marginados, sino también a grupos étnicos, al tiempo que reconocía la legitimidad de sus vínculos transnacionales. Aun cuando seguían usando la terminología “crisol de razas”, las autoridades peronistas le dieron un sentido más incluyente. Si la constitución de 1853, en su artículo 25, se refería a la necesidad de promover la “inmigración europea”, un panfleto del gobierno peronista buscaba atraer inmigrantes al hablar de Buenos Aires como un destino que daba la bienvenida a “todas las razas”. El panfleto explicaba que algunos inmigrantes, sin conocer las condiciones de vida en el país, imaginaban que las autoridades los discriminarían debido al color de su piel o de sus ojos. Su temor era natural. Tenían profundas heridas que aún no habían sanado. Habían visto cómo se aplican criterios de discriminación racial en su propio país o en países en los que habían debido residir durante algún tiempo y concluía *“El hombre que sufrió persecuciones o desprecio de carácter racial descubre, para su sorpresa, que no sólo ha encontrado un nuevo país, sino un nuevo mundo. Desde ese momento vuelve a vivir con la seguridad de que es igual a cualquier otro hombre del mundo...”*. No es casual que desde 1949 se celebra en Argentina el 4 de Septiembre como “Día del Inmigrante”.

El régimen peronista se planteó el objetivo de integrar en su proyecto social y político a diferentes grupos tradicionalmente excluidos y, entre ellos también a los judíos. A diferencia de sus antecesores liberales, las ideas corporativas de Perón le permitieron considerar a los grupos étnicos como actores sociales propios. Aunque a menudo se le vincula con el fascismo europeo de entre-guerras, en los hechos, el corporativismo fue también un importante elemento del populismo latinoamericano.

Cualquier recapitulación justa de las políticas del régimen peronista hacia la comunidad de argentinos-judíos, debe tomar en cuenta el hecho de que la ola de anti-semitismo de octubre-noviembre de 1945, fue seguida por una clara y consistente política de restricción de las actividades y las publicaciones antisemitas. El periodista y diplomático Benno Weiser Varon escribió a principios de la década de 1990, de manera quizás algo exagerada, que bajo el régimen de Perón la comunidad judía disfrutó de la primera y única década en la historia moderna de Argentina en la que el régimen no permitió actividades antisemitas. Un incidente antisemita sucedido en un café judío en Buenos Aires en agosto de 1950 se describió, en un informe de la embajada de Israel, como “el primer incidente [antisemita] en la capital de los últimos dos años”, y subrayó que el suceso no fue destacado por la prensa judía.

El populismo peronista mostró gran disposición a promover la integración social y política de aquellos grupos que previamente habían quedado en las márgenes del sistema. Los beneficiarios principales de esta nueva actitud fueron, sin duda, los integrantes de la clase obrera, pero los grupos de inmigrantes, incluyendo los judíos y los árabes, también se beneficiaron. Una serie de personalidades judías y árabes alcanzaron puestos que, en épocas pasadas no habían estado al alcance de los miembros de estos grupos.

En otras palabras, el peronismo fue más allá de los derechos legales otorgados a los judíos o los árabes como ciudadanos argentinos, al apoyar las identidades híbridas y enfatizar la amplia variedad de fuentes culturales en las que abrevaba la sociedad argentina.

Antes del surgimiento del peronismo, no siempre se consideró a los judíos y tampoco a los árabes como parte de la *polis, civitas, o demos* argentinas. Fue el peronismo el que abrió el camino a las nuevas definiciones de ciudadanía. Con su rehabilitación de la cultura popular y el folklore, sus esfuerzos por re-escribir la historia nacional, y su inclusión de las minorías étnicas que previamente languidecían en las márgenes de la sociedad (como en el caso de judíos y árabes), el peronismo transformó a muchos de éstos “ciudadanos imaginarios” en parte integral de la sociedad argentina.

Las políticas de Perón reconocieron la legitimidad de los reclamos de las identidades étnicas colectivas –y por ello múltiples-. Precisamente al tomar en cuenta no solamente a los derechos individuales, sino a los colectivos, sentó las bases para el desarrollo de la Argentina multicultural actual.

Permítanme para finalizar hacer un último comentario que se entronca con el tema de esta conferencia: Estoy hablando en la ciudad de Tucumán cuya población asistió hace menos de un año (en diciembre 2015) a una ceremonia inédita en la historia política argentina: José Alperovich, hijo de un inmigrante judío nacido en Lituania que finalizaba su gestión al frente del gobierno provincial, le entregó el cargo al nuevo gobernador, el Dr. Juan Luis Manzur, descendiente de ancestros libaneses de religión maronita, ambos peronistas ...